

# ALMAS DOMICILIADAS Y ALMAS CALLEJERAS

(A propósito de Penélope y Odiseo)

Humberto Giannini

U. de Chile

**R** Es posible —y es algo que hemos ya intentado<sup>1</sup>— describir la existencia cotidiana como ‘reflexión’: esto es, como un continuo regresar desde lo otro, desde lo accidentalmente diverso, a un mismo punto de partida. Para volver a partir. Topológicamente este punto de asegurada ‘reflexión’ es el domicilio.

Lo diverso y público está, por el contrario, simbolizado por la calle: aquello de lo cual, a través de lo cual se regresa día a día (la ruta de la rutina). Domicilio y calle son así momentos constitutivos, estructurales de la existencia cotidiana.

Ahora, es posible *trasladar* estos aspectos topológicos, estructurales, a la interioridad de la vida; y hablar por ejemplo, de un alma domiciliada o de un alma callejera, según la proporción de ciertos rasgos que ahora intentaremos describir.

Para hacerlo, hemos recurrido a dos personajes del mundo poético: a Penélope y a Odiseo. A propósito de ellos, quisiéramos mostrar que la gesta de estos héroes del mundo heleno puede ‘trasladarse’ a la modalidad diaria de enfrentar las vicisitudes de la vida. Que son modos de ser del alma cotidiana.

Hay algo característico en la vida de estos esposos: y es que ambos —Penélope y Odiseo— caminan cada cual a su manera, al encuentro del otro. Historia de un reencuentro (o de un desencuentro) a través de un tiempo que se ha vuelto ruta, vía de acceso para realizar una esperanza común (domiciliaria).

<sup>1</sup> La ‘Reflexión’ cotidiana. Ed. Universitaria, 1987.

Hablemos primero de Penélope, la joven esposa que se las arreglará durante 20 años para distraer el tiempo cotidiano, tejiendo de día y des-tejiendo de noche, en la ilusión vaga de ver una mañana aparecer en el horizonte la nave con Odiseo de vuelta a casa.

Penélope no puede hacer nada por el reencuentro sino esperar. Lo que significa: ponerse en una disposición que mira por encima del hombre cuanto aparece, cuanto se presenta, tendiendo ese mirar hacia el horizonte de un porvenir lejano; lo que significa ponerse en una disposición porfiada que no sólo espera, sino que no quiere olvidarse de que espera; que no quiere descubrirse un buen día 'no esperando nada'. Esta es la sustancia temporal de la fidelidad a un recuerdo. La espera propia de la esperanza, podría decirse<sup>2</sup>. Para lo cual la heroína lleva una relativa ventaja; hay que reconocerlo: la de encontrarse allí, asistida por toda una constelación de cosas familiares, de referencias fijas y exactas, cosas que, cada mañana parecen reconstituir espacialmente la biografía vertical de su identidad y que, vueltas silenciosamente hacia ella, están como invitándola a que siga siendo lo que fue la noche anterior.

Penélope —y no por el hecho de ser mujer sino por el modo específico de relacionarse a un tiempo reflexivo y protector— representa *la vida domiciliaria*, con todo lo que ella implica.

Con esto quiero expresar lo siguiente: el domicilio, además de ser el punto concreto por el que se cierra el ciclo del proyecto cotidiano de ser, también es el punto de un regreso simbólico a lo más profundo de nuestra intimidad, fundamento de una re-identificación, estación de un reabastecimiento espiritual: al volver a mi orden estrictamente personal —o a mi personal desorden—; al volver a las cosas familiares que esperan 'en su sitio' a que yo las llame para ser (como el perro espera al amo), al volver a ese punto privilegiado, tengo el sentimiento de reencontrarme con lo más íntimo y propio de mí, antes disperso y desgastado en el trajín del tiempo público.

Así, Penélope va hilando en el claustro domiciliario esa casi inexpugnable unidad de su ser. Y sería verdaderamente inexpugnable si desde el exterior no se infiltrara lo presente con su imprevisible danza de acontecimientos; o si de noche no se infiltraran en el alma esos sueños perturbadores, no permitidos, que arriesgan hacerla olvidar justamente eso que espera ser.

Para protegerse, Penélope se entregaba, pues, día a día a una actividad que por lo demás era, en el mundo antiguo, muy propia del grupo domésti-

<sup>2</sup>Penélope, más que la rutina de un tiempo cíclico —que es la tesis de Maurilio Andreani (Apocalissi e Insecuritas, Archivio di Filosofia, Roma 1954)— representa, a nuestro modo de ver, una fe que vive diariamente la angustia de su propio quiebre.

co: la actividad del tejido. Empero, la heroína teje para protegerse y esperar. Esa es la cuestión.

Pensemos ahora un momento qué vínculo cabría establecer entre la actividad del tejido y esta disposición de quien se ha impuesto la espera —cierto tipo de espera— como un modo de vida.

Puede resultar inquietante, hasta incómoda, la actitud de quien teje mientras participa, por ejemplo, de una conversación. ¿Por qué? Tal vez por ese modo ambiguo de estar en lo presente —podríamos respondernos—; por la opacidad de su compromiso efectivo y afectivo con lo que está pasando a su alrededor. Pues, con estas idas y vueltas entre el tejido y nosotros, nunca se sabe hacia dónde se nos escapa la tejedora, a qué ilusiones o añoranzas secretas se entrega.

Tejer es un modo de contar el tiempo. Ahora bien, es un hecho que Penélope, al tejer y contar el tiempo, lo distrae; y que sólo así se mantiene ella misma en el hilo de un tiempo sin contenido, en un tiempo que en realidad 'no cuenta'. Por otra parte, así se mantiene en el límite entre una vida exterior en la que está presente y ausente a la vez, y esa vida interior que la llama a gritos. Y todo esto, medida, controladamente; con una serenidad oriental conmovedora.

Pero ¿qué pasaría si Penélope detuviera la mirada en lo que ocurre ante sus ojos; si distraídamente cruzara su vista, por ejemplo, con uno de esos pretendientes que la cortejan? Es muy posible que el proyecto de esperar temblara; y tal vez rodaría por tierra junto con el tejido que lo hace posible. Pues la heroína griega tiene la frágil inmunidad de esos sacerdotes que, recuerdo hace algunas décadas, para no embarcarse en las tentaciones del mundo, iban en la micro o en el tren absortos en enumerar las cuentas de su rosario. También ellos atravesaban lo presente aferrados al hilo mágico que los mantenía ligados a la espera de un Dios incompatible, a su entender, con los acontecimientos de la micro.

Para terminar esta primera reflexión: Penélope, además de ser ese personaje único, inédito que es, simboliza un aspecto estable y común de la existencia humana: la institución de referencias fijas, inmóviles, a la mano, que nos permite retomar cada mañana ese ser que decimos ser, que asegura nuestra coincidencia con nosotros mismos. Llamábamos 'estructura domiciliaria' a una tal predisposición. (El estado, la patria, la Iglesia son así Instituciones domiciliarias<sup>3</sup>).

<sup>3</sup>A propósito de tejido, tengo en mis manos un trabajo muy sugerente y rico del Prof. Jaime Muñoz: *Tejido y viajes como medios para llegar al futuro*. Allí aparece lo tejido como el producto de una 'techné' protectora (como el 'techo', del domicilio). Estos acercamientos etimológicos son importantísimos para nuestra propia tesis.

Habría que reconocer ahora que la condición de Odiseo de navegante a la deriva pertenece no menos radicalmente que la anterior a la estructura de la existencia, ya sea que miremos ésta en su totalidad o en las pequeñas peripecias del trayecto cotidiano.

Odiseo concurre a la guerra de Troya: diez años duran asedio y destrucción de la ciudad; otros diez, el viaje de regreso a casa. Ésa, su odisea. Y fue más bien en virtud de este viaje, lleno de imprevistos, prodigios y tentaciones, que su vida se volvió para la visión medieval de las cosas, símbolo de la inconstancia y del olvido culpable. Para el hombre contemporáneo, en cambio, este regreso largo y casi imposible, ha llegado a significar más bien la difícil coincidencia del alma consigo misma. El drama cotidiano de la Identidad.

Sean cuales fueran las alternativas del viaje y la evaluación moral que merezcan, es innegable que debe de haber sido difícil para Odiseo juntar los días, uno tras otro, reconstituir el paisaje cada mañana, mantener un proyecto, un rumbo, en medio de cosas que aparecen y desaparecen en el horizonte, en medio de un cielo infinito que repentinamente suele borrar todas las referencias; en medio de prodigios y fraudes divinos y humanos; debe de ser difícil mantener a flote el recuerdo de 'a dónde vamos', y lo que es más importante: por qué, para qué vamos. Difícil, en resumen, no perder el hilo de nuestros actos identificatorios, en virtud de los cuales uno se va diciendo a sí: Es evidente, voy por el mismo camino de ayer, y hacia lo mismo.

Odiseo, vagabundo *per lo gran mar dell'Essere*, como dirá Dante, diez años se expuso a los riesgos del camino, a las tentaciones de la visión; a salirse de la ruta prefijada tras la seducción sonora de una sirena o tras el misterioso vuelo crepuscular de una lechuza; asistiendo, en fin, con su corazón y sus ojos al aparecer renovado y profundo que trae cada mañana.

Por esta complacencia, por este entusiasmo lo condenó la edad media. Y se aprovechó de su vocación callejera para suponer que un alma como la suya jamás habría de volver al punto de partida; que irremisiblemente tenía que perderse en cualquier encrucijada.

Recordemos nuevamente a Dante: el poeta encuentra al héroe en las profundidades del Infierno<sup>4</sup>. A pesar de todo no puede dejar de interpretar y justificar la pasión de Odiseo; y antes del imaginario viaje que está por emprender más allá de las columnas de Hércules, pone en sus labios estas famosas palabras:

<sup>4</sup>Dante, Infierno xxvi.

Éramos viejos ya, y entonces tardos  
cuando se nos apareció el Estrecho  
que al hombre impuso Heracles por frontera.  
'Hermanos —dije— que por mil peligros  
habeis llegado aquí, al Occidente:  
A esta porción de vida que aún tienen  
vuestros ojos y todos los sentidos,  
no le neguéis, amigos, la experiencia  
de correr tras el Sol a mundos yermos;  
Considerad la dignidad del hombre:  
para vida bestial no fuisteis hechos,  
sino para alcanzar virtud y ciencia...

La narración sigue, y de acuerdo a la tradición medieval que comentamos, todo termina en naufragio y muerte. Ésta, la moraleja de un período tan domiciliado como el del medievo. Sin embargo, quedará resonando en los siglos siguientes el recuerdo de aquella exhortación a los camaradas para que no negasen a sus ojos la visión, el espectáculo del mundo, para que no reprimiese, por mero amor a su identidad, la natural hospitalidad de sus conciencias, hospitalidad que constituye, en el exaltado testimonio de Dante, la más alta dignidad al hombre.